

Lichtenhain, á donde llegó al día convenido, que era el 11 de octubre, á punto de apoyar la salida del ejército sajón por el lado de Schandau; mas esta salida se retardó con el paso del Elba que era inevitable y que solo logró efectuar el ejército sajón hacia la madrugada del día 13 por medio de un puente construido con gran trabajo. Los prusianos siguieron á su alcance y ocuparon inmediatamente el campamento abandonado, como pudo verlo el conde de Brühl con sus propios ojos desde el peñón fortaleza de Königstein. El ejército sajón llegó á la «llanura dominada por el Lilienstein», situada en frente del Königstein; especie de promontorio de 1,000 pasos de largo por 500 de ancho que forma allí la orilla derecha del Elba. Allí perseguidos por los prusianos, con parapetos en frente levantados por el enemigo, en medio de una lluvia torrencial, sin tiendas, bagajes ni viveres, y lo que peor era, sin noticias de los austriacos, en una situación por demás angustiosa y en una confusión indescriptible, se convencieron los jefes á las pocas horas de haber llegado, de que no había que pensar ni en atacar ni en defenderse ni en aguardar, sino únicamente en capitular. En su consecuencia, firmaron todos los generales presentes una exposición de la situación en que se hallaban, y la enviaron al conde de Brühl que continuaba con el rey y demás personas de su acompañamiento en el Königstein. El primero había tenido buen cuidado de que el rey nada llegara á sospechar de la situación desesperada del ejército; y mientras éste era víctima del hambre, no faltaba nada á aquellos señores; de suerte que el rey rechazó indignado como un baldon toda idea de rendición sin lucha, y mandó celebrar un nuevo consejo de guerra para tomar una resolución mas cuerda. Estaban reunidos con este objeto los generales muy temprano el mismo día 14, en la situación desesperada que sabemos, cuando les fué entregada una comunicación del feld-mariscal Brown, que había pasado dos horas antes á manos del conde de Brühl, avisando que los imperiales habían cumplido su palabra y que aguardaban á los sajones á cuatro horas del punto donde estos se hallaban. Fué esta la primera noticia que se tuvo de su llegada. La carta estaba fechada del día antes 13 de octubre despues de las 10 de la noche en el cuartel general austriaco de Lichtenhain, y decía que el autor despues de aguardar dos días enteros el paso de los sajones por el Elba, sin que estos hubiesen aparecido, infería de esto que la travesía del río no había podido verificarse y que en vista del continuo aumento de las fuerzas enemigas numéricamente superiores ya, emprendía á las 9 de la mañana siguiente la retirada con la convicción consoladora de «que por su parte había hecho todo lo posible para coadyuvar á la concertada empresa.»

Eran las 7 de la mañana cuando se celebró este consejo decisivo. Verdad era que los austriacos se hallaban solo á 4 horas de distancia de allí; pero nada sabían de los sajones, ni de su situación en la orilla derecha ni si pasarían el río; y querían por eso principiar su retirada á las 9. Antes de esta hora era imposible hacerles llegar una contestación explicándoles los motivos del retardo y para determinarlos á aguardar mas tiempo; y mas imposible era todavía tomar sin artillería los parapetos levantados en la orilla opuesta por los prusianos, abrirse paso por medio de ellos sable en mano, y atravesar además el fuego de sus baterías que dominaban todo el llano del Lilienstein. Además los prusianos contaban con doble número de tropas, mientras los sajones se hallaban extenuados por el hambre, descorazonados y faltos de todo cuanto se necesita para prepararse con esperanzas de éxito á una lucha tan desesperada. En tal situación el consejo de guerra acordó en seguida ratificarse en su resolución tomada la noche antes, y á las 8 de la misma

mañana partió el comandante general Gersdorff para llevar al rey Augusto esta nueva exposición de los generales. El rey á su vez se obstinó en su opinión diciendo que las condiciones del rey de Prusia serían durísimas y humillantes, y que él estaba firmemente resuelto á no someterse á ellas prefiriendo antes morir con sus tropas que vivir despues de semejante oprobio; pues que jamás se había visto dejarse un ejército desarmar sin haber disparado un tiro. A esto contestó el jefe del ejército, feld mariscal Rutowski, enviando otro mensajero, que fué el general Dyhern, para ver si este era mas feliz que el anterior; y en efecto, Dyhern logró establecer la avenencia entre el heroico soberano, decidido á morir mártir, y sus generales, decididos á rendirse despues de haberlo meditado maduramente. Para esto fué menester que Dyhern con los ojos arrasados en lágrimas volviera á presentar á su soberano la terrible situación de sus tropas, diciendo que si el rey insistía en el ataque, obedecerían como era regular, y se estrellarían sin esperanza las cabezas contra el peñón del Lilienstein; pero cuando de este modo hubiese sucumbido la mayor parte del ejército sin utilidad ninguna, siempre tendrían que rendirse los restantes á discreción, y con ellos también el rey, pues que el Königstein donde se hallaba sería luego sitiado por los prusianos que pronto someterían la plaza por el hambre. Y ¿qué significaba la rendición á discreción? La cesión del ejército sajón al rey de Prusia y la conclusión de una alianza ofensiva con él contra la emperatriz y reina María Teresa. Para evitar esto, decía Dyhern, el único medio es que el rey, sin tratar directamente con el de Prusia, dé su consentimiento para que el ejército se constituya prisionero de guerra.

Estas consideraciones eran tan claras y convincentes, que el rey al fin cedió, comunicando su asentimiento al feldmariscal Rutowski en una carta redactada por Dyhern, y corregida por Brühl el día 14 por la tarde, en la cual decía: «Dejo á vuestro cargo la suerte del ejército. Vuestro consejo de guerra podrá decidir lo que le parezca mas acertado: si entregaros prisioneros de guerra ó morir combatiendo ó de hambre. Que la humanidad dirija vuestra resolución; cualquiera que sea esta, nada tengo que objetar; solo os exigiré responsabilidad si combatis contra mí y contra mis amigos.» Esta era la autorización para capitular, y la confesión de que todo estaba perdido. Inmediatamente el conde de Brühl comunicó la noticia al feldmariscal Brown que contestó el día 15, ya de noche desde Schönlinden, que se había sostenido en las alturas de Schandau el día antes, no hasta las 9 de la mañana, sino hasta las 3 de la tarde, y que empezada la retirada había sido atacado por los prusianos con gran violencia y perseguido hasta la aldea de Lichtenhain.

Entre tanto habían convenido Rutowski y el general prusiano Winterfeld en las bases de la capitulación que fué firmada el mismo día 15, aprobada por Federico II el 16, y ejecutada el 17. Antes de firmar Federico volvió á exigir la incorporación de todo el ejército al suyo, pero Rutowski le contestó que estaba autorizado para entregarse con su ejército prisionero de guerra, pero no para desligar á las tropas de su juramento de fidelidad ni permitirles prestar otro juramento. No quiso Federico comprometer con su obstinación el acto de la rendición, porque esperaba que la mayor parte de los oficiales se pasarían voluntariamente á su servicio, y en cuanto á la tropa consideraba cosa corriente, obligarla á la fuerza á jurarle fidelidad é incorporarla en sus filas, aunque nadie la hubiese desligado del juramento hecho á su soberano. Respecto de los oficiales se engañó, porque solo 53 entraron á su servicio, y aun dice en un escrito el conde de Vitzthum que solo eran 35, en su mayoría naturales de Silesia, Pomerania y Brandeburgo, es decir, súbditos del rey de

Prusia, y que solo 9 lo eran del rey Augusto como naturales de Sajonia. Los 568 restantes prefirieron quedar prisioneros de guerra. Las tropas, en número de 18,000 individuos, fueron juramentadas en masa y tumultuariamente y destinadas á las guarniciones de Halle, Magdeburgo, Halberstadt y Francfort del Oder. Pusieron en marcha; pero apenas llegó una tercera parte á su destino; los demás, despues de la primera jornada, sueltos y hasta en batallones enteros guiados por sus sargentos se fugaron en el camino, unos á Polonia y otros á Austria y á Hungría. Posteriormente se formó con ellos un cuerpo especial llamado *legión de los prófugos sajones*, el cual bajo el mando del príncipe Javier se aumentó sucesivamente hasta 12,000 plazas, y tomó una parte activa en la guerra hasta su conclusión. De los que quedaron en Prusia desertaron despues también muchos.

Por un convenio especial se declaró neutral la fortaleza de Königstein en 18 de octubre; lo que significaba que en adelante no podían servirse de ella los enemigos de la Prusia en sentido hostil, y que sería para los prusianos inofensiva. El rey Augusto, con sus dos hijos Javier y Carlos, su ministro y la cohorte de sus cortesanos y servidumbre se trasladó á Varsovia, continuando en Dresde el resto de la familia real y en especial la reina que murió en 17 de noviembre de aquel mismo año. Todo el electorado fué tratado durante la guerra como provincia prusiana; sus cajas de fondos del Estado habían sido embargadas desde el primer día, y de todos los ingresos se encargó la administración prusiana de campaña, sin que el país se librara por eso de las contribuciones de guerra en metálico y en especie.

IX.—COMPLEMENTO DE LA COALICION GENERAL CONTRA FEDERICO EL GRANDE

En todas las cortes, en la dieta, en toda la prensa europea y especialmente en Sajonia suscitó el proceder del rey Federico una tempestad furiosa de indignación y sed de venganza. Sin dejarse intimidar, pero no inactivo, observaba el rey de Prusia las oleadas terroríficas de la opinión general. No se le ocultó un solo instante que él mismo había provocado el tratado de alianza del 1.º de mayo ni le inquietaban los 24,000 hombres de auxilio que la Francia debía facilitar á la emperatriz con arreglo á este tratado; porque creía que el socorro francés no pasaría de ahí, y que no se llegaría á una unión mas íntima de ambas cortes á causa de la antipatía y contraste irreconciliables que existían entre los intereses políticos de ambas monarquías, contra los cuales debían ser impotentes todas las intrigas del Austria y de sus instrumentos y partidarios de ambos sexos en Versalles. Contentóse con justificar su conducta en el manifiesto que hemos mencionado varias veces, sobre todo al hablar de la política sajona, y que concluye de la manera siguiente: «La corte de Dresde ha tomado parte en todos los proyectos dañinos que se han fraguado contra el rey de Prusia; sus ministros han sido los instigadores y fomentadores principales de esos proyectos; y si la Sajonia no ha ingresado formalmente en el convenio de San Petersburgo, ha convenido con los aliados en aguardar solamente el momento favorable, cuando las fuerzas del rey se hubiesen debilitado y dividido, y se pudiese arrojar la máscara sin peligro, para tomar una parte activa en el plan. S. M. polaca ha adoptado el principio de que toda guerra entre el rey (de Prusia) y cualquiera de sus aliados (de la corte de Sajonia) le daría el derecho de engrandecer sus territorios á costa de S. M. (prusiana); y en su consecuencia ha creído poder repartir los Estados de su vecino en plena paz. Los ministros sajones han tocado á

rebato en toda la Europa contra el rey, valiéndose de calumnias, mentiras é insinuaciones arteras para aumentar el número de sus enemigos. El conde de Brühl ha tomado parte en la última conspiración de la corte de Viena con ardor extraordinario, haciendo correr aquel rumor infamante, y se ha probado que existe ya una inteligencia entre las cortes de Viena y de Sajonia, pues que esta última quería dejar pasar el ejército del rey (de Prusia), para proceder despues segun fuesen las circunstancias, ya uniéndose á los enemigos de la Prusia, ya haciendo una diversion sobre sus Estados desprovistos de tropas para defenderlos. Esta era la situación en la cual se encontraba el rey (de Prusia) respecto de la corte de Sajonia, cuando quiso pasar á Bohemia para evitar el peligro que le preparaban; De esto se infiere que S. M. (prusiana) no podía entregarse al capricho de una corte cuya disposición perversa conocía claramente, viéndose obligado á adoptar las medidas exigidas por la prudencia y la seguridad de sus Estados, y autorizadas por el comportamiento de la corte de Sajonia.»

Es indudable que Federico cargó con el odio inseparable del papel de agresor y de violador de la paz por el cual se había decidido; pero no haciéndolo habría sido indigno de sí mismo; habría tenido que mirarse á sí propio con desprecio si el temor de representar este papel hubiese hecho mella en su espíritu. Mas adelante escribió respecto de este episodio, despues de preguntarse qué significaba en el fondo la «terrible palabra agresor:» «Es un espantajo para los cobardes, y no podía ser tomado en consideración en una situación en que se trataba de la existencia de la monarquía. El verdadero agresor es evidentemente aquel que obliga á otro á armarse y ganarle por la mano por medio de una guerra menos vasta y menos peligrosa que la que él quiere provocar. Siendo la guerra de todos modos inevitable, vale mas decidirse por la mas breve, ó sea escoger entre dos males el menor. Para Federico, que se hallaba en esta situación, poco importaba que sus amigos le acusaran de violar la paz, porque la conspiración de las grandes y pequeñas potencias europeas contra él estaba ya hecha y consumada. La emperatriz María Teresa, la de Rusia, los reyes de Francia y de Polonia estaban ya completamente acordes hasta respecto del momento en que debían entrar en acción; de suerte que el rey de Prusia no tenía esperanza alguna de disminuir el número de sus enemigos ni podía aumentarlo; y finalmente se trataba de la existencia de la dinastía de Brandeburgo y de la de su monarquía. En momentos tan graves y de consecuencias tan trascendentales habría sido una falta política imperdonable, hacer hincapié en las varias formalidades, que han de observarse en el curso ordinario de la vida, pero que no han de detenernos en casos extraordinarios en los cuales la irresolución y la lentitud pueden echarlo á perder todo, y en que no hay otra salvación que una resolución vigorosa y pronta seguida de la ejecución inmediata.»

Es en efecto evidente que Federico el Grande nada podía esperar, por mucho que aguardara, mientras el desarme y la incorporación de la Sajonia á la Prusia en tanto durase la guerra eran una ganancia positiva que nadie le podía ya arrebatarse.

Por lo comun se exagera el efecto que el ataque de Federico produjo en las cortes de San Petersburgo y de Versalles, porque ambas potencias estaban ya demasiado comprometidas en los planes austriacos, para necesitar el empuje de la agresión de Federico, que habían previsto; pero lo principal era, como Federico había calculado muy bien, que militarmente estaban atrasadas para ponerse en movimiento, cuanto mas para proceder con mayor rapidez que de costumbre.

Con la invasión de Federico II en la Sajonia había llegado

para la Francia el caso previsto en el tratado del 1.º de mayo de 1756; y en su consecuencia la emperatriz María Teresa reclamó á principios de setiembre los 24,000 hombres de tropas auxiliares para agregarlos á su ejército de Bohemia. El gobierno francés reconoció que debía aprontarlos, pero no lo hizo, porque echó de ver, demasiado tarde como otras veces, que había procedido de ligero y que no debía haber celebrado con Austria ningun tratado ó por lo menos debía haber hecho otro muy distinto. En sus Memorias dice Bernis que él apoyó el envío inmediato de los 24,000 hombres, porque ni podían negarse, ni se había excedido el Austria, al reclamarlos, de lo que tenía derecho á pedir. Evidentemente era la idea de Bernis limitar á este modesto auxilio la cooperacion de la Francia en la guerra continental; pero no había parado mientes en algunas consideraciones que se le pusieron de manifiesto en el consejo que se celebró con este motivo, á saber: que al enviar tropas francesas, pocas ó muchas, quedaba empeñada la fama militar de su país, y si la campaña en que se empleasen resultaba desgraciada como la del año 1742 (que hemos descrito en otro capítulo), volvería á hallarse en la dura alternativa de elegir entre una vergonzosa retirada y un nuevo esfuerzo doble ó triple. La perspectiva de un éxito desgraciado sería por otro lado tanto mas probable cuanto mas reducido fuese el ejército auxiliar que se enviara al Austria. Además, con 24,000 hombres la Francia no podía exigir la direccion de las operaciones de la guerra; y hacer puramente el papel de vasallo del Austria ni era digno de una gran potencia como ella, ni tampoco prudente, vista la reconocida incapacidad de los generales austriacos. Si en cambio se admitía el caso mas favorable, es decir, la victoria completa de las armas aliadas, el Austria recobraría la Silesia, el príncipe elector de Sajonia su territorio, y la Francia se quedaría con las manos vacías, pues que el tratado del 1.º de mayo no estipulaba nada en este caso para la Francia, ni siquiera un cambio de servicios, ni indemnizacion ni menos un beneficio directo.

Otra consideracion: si se enviaban los 24,000 hombres á Bohemia antes de entrar en negociaciones formales sobre un nuevo tratado secreto de alianza, serian otros tantos rehenes en manos del Austria para obligar á la Francia á rebajar sus exigencias hasta la última expresion y á ceder en puntos en que de otro modo no habría tenido ninguna necesidad de hacerlo. En una palabra, cuando llegó el caso de poner por primera vez en ejecucion el tratado, se vió en Versalles que tal como estaba redactado era imposible cumplirlo, aun con la mejor buena voluntad, sin exponerse la Francia á los mayores peligros tanto militares como políticos. Dicese que fué el ministro de la guerra conde de Argenson el que combatió la proposicion del abate Bernis de enviar inmediatamente los 24,000 hombres, alegando que para vencer eran pocos, y demasiados para conservar la independencia de la política francesa; por lo cual era preciso que la Francia tomara parte en la guerra con todas sus fuerzas. Así lo cuenta Bernis en sus Memorias (tom. 1.º pág. 296), y á ser verdad el ministro que tal dijo y á quien el conde de Starhemberg consideraba todavía entonces como el jefe del partido prusiano en la corte de Francia, debió de haberse transformado en una noche en partidario del Austria mas furioso que el abate Bernis. Los obstáculos que en Versalles se opusieron al envío de los 24,000 hombres eran muy diferentes de los que supuso indignada la emperatriz María Teresa en Viena. Ya no había arreglo posible para desenredar á la Francia del compromiso en que ella misma se había enmarañado, y no queriendo ser mero vasallo del Austria, tenía que prepararse á una guerra en grande escala é interesarse en ella como gran potencia con todas sus fuerzas. Pero antes de arrojarse á semejante

guerra eran indispensables muchos preparativos diplomáticos y militares, á los cuales el abate Bernis se dedicó en efecto con el mayor celo. Convenia en primer lugar inducir para la próxima primavera á Rusia, Suecia, Dinamarca y el imperio germánico á tomar parte activa en la guerra, y en segundo lugar concertar con el Austria un plan completo de campaña, la direccion comun de la guerra, y el arreglo de las nuevas fronteras de todas las potencias interesadas para cuando se hiciese la paz.

Mientras el conde D'Estrées celebraba en Viena conferencias para fijar de comun acuerdo el plan de operaciones, trabajaban en San Petersburgo el representante francés Douglas y el embajador austriaco Esterhazy, empleando todos los medios que tenían á su disposicion para lograr la adhesion de la Rusia al tratado del 1.º de mayo. El caso previsto en el convenio del 2 de junio de 1746 se había presentado y era indubitable; los sentimientos que toda la corte había manifestado con la mayor claridad al embajador austriaco continuaban con la misma fuerza de antes; la emperatriz rivalizaba con sus ministros en prusofobia y ardor bélico; con gran pesar suyo habían aplazado la guerra un año, y se arrepentían todos de haber escuchado á la corte de Viena cuando les aconsejó que enfrenaran su ardor, pues que veían que Federico había ganado por la mano á los que querían caer sobre él de improviso; el ejército del feldmariscal Apraxin parecía consumirse de impaciencia por mostrar su valor; todos estos eran otros tantos motivos poderosos para creer que apenas empezadas las negociaciones quedarían acordes las partes; mas no fué así. Oponíanse desde luego á la accion inmediata de la Rusia dificultades exteriores independientes de la voluntad de los gobernantes de San Petersburgo. Primero no podían ponerse en marcha los rusos sin atravesar la Polonia que entonces, todavía íntegra, formaba una barrera entre la Rusia y el centro de Europa; y para que se concediera á los rusos «el tránsito inofensivo» no bastaba el asentimiento del rey Augusto III, sino que se necesitaba el consentimiento de la nobleza que no se prestaba á cálculo ninguno, y que era muy capaz de oponerse con el auxilio de los turcos á la entrada de los rusos en su país. La Sublime Puerta por otro lado podía dejarse inducir fácilmente á prestar á los polacos este auxilio, ganada por el oro inglés y las intrigas del rey de Prusia, sin contar que estaba ya disgustada por el tratado entre Austria y Francia; y si esto sucedía, quedaba completamente paralizada toda la actividad de la Rusia por el lado de Occidente. Esta dificultad podía evitarse incluyendo en el tratado con la Rusia una cláusula, como se hizo despues en efecto, segun la cual quedaba la Rusia exenta de tomar parte en una guerra contra los turcos.

Mas grave era otro punto, á saber: la exigencia de la Rusia, expresada á la sazón clara y precisamente, de recibir por su participacion en la guerra contra la Prusia, la Curlandia y la Ermelandia. Esta exigencia no era absolutamente nueva, porque Esterhazy la había indicado ya en su comunicacion del 22 de abril; ni eran muy grandes tampoco los escrúpulos de María Teresa, ni de mucho peso sus objeciones, basadas en la envidia probable de otras potencias, en especial de la Francia y de la Turquía. Este inconveniente podía evitarse no incluyendo esta condicion en el tratado, haciéndola constar simplemente en dos declaraciones escritas por las dos emperatrices y guardadas rigurosamente secretas. Lo que complicó el asunto fueron otras exigencias nuevas que María Teresa presentó en compensacion de las rusas, una de las cuales tomada en serio, habría bastado para matar en flor la inteligencia cordial entre ambas cortes. María Teresa encontró desde luego injusta toda exigencia de aumento territorial por parte de la Rusia, y á la objecion de que ella también

pedía para sí la Silesia y el condado de Glatz, contestó que solo reclamaba lo que le habían quitado, pero no iba á caza de la propiedad ajena, y que si la Rusia insistía en aumentar su territorio, cambiaba la situacion del Austria respecto de este aliado y de toda la empresa. En el cuarto artículo secreto del tratado de San Petersburgo de 1746 había prometido María Teresa «pagar dos millones de florines rhinianos á S. M. imperial de Rusia, á contar desde el dia en que volvieran á estar completamente en su poder la Silesia con Glatz, sin tener derecho á descontar cosa alguna en cambio de lo que hubiera podido sacar del país enemigo el gobierno ruso.» Si ahora la Rusia, decía María Teresa, pretende la Curlandia y la Semigalia (Ermelandia) además de los dos millones de florines, y de la manutencion, si no de todo su ejército, por lo menos de los 60,000 hombres de tropa auxiliar, resultará una carga que excederá de las fuerzas del Austria, á no ser que la Rusia consienta en dar al Austria equivalencias fuera de la Silesia y del condado de Glatz. Lo que la emperatriz entendía por estas equivalencias resulta de un despacho particular secreto, en el cual propuso formar de la Prusia Oriental un ducado nuevo y darlo á su hijo segundo, el archiduque Carlos, en clase de feudo polaco y á condicion de no poder ser jamás incorporado á la monarquía austriaca, y de no ser regido por una dinastía que no fuera procedente de la casa de Austria-Lorena, en lugar de conceder esta provincia á la Polonia en cambio de la Curlandia y de Ermelandia como había propuesto la Rusia.

No las tenía todas consigo la emperatriz María Teresa desde el momento en que semejante pensamiento quedó confiado al papel. Estaba resuelta desde el primer momento no solamente á recuperar lo que le pertenecía, sino además á proceder á una desmembracion de la monarquía prusiana á fin de reducir á la impotencia al mas molesto de todos sus vecinos. En este proyecto no la había hecho vacilar ni siquiera el escrúpulo de que la Europa pudiese censurarla por la «sed insaciable» de aumento territorial, que se había hecho inseparable del nombre del rey de Prusia. Con todo, no dejó de reflexionar á donde se iría á parar si todos sus aliados quisiesen imitar su ejemplo, pues acaso irían mas lejos en esto que ella misma, hasta poner en duda la victoria final con una disputa anticipada sobre el botín que pensaban hacer. Por tanto el mismo dia en que salió el correo portador del citado despacho, mandó otra orden al conde de Estechazy para que no hiciera uso de aquella parte de sus instrucciones.

Como por Austria no se hizo ya ninguna tentativa respecto del futuro ducado de Prusia, y por la parte de Rusia no se insistió respecto de su pretension de adquirir la Curlandia y la Ermelandia, se llegó al fin á un acuerdo. El 31 de diciembre de 1756, estilo antiguo (11 de enero de 1757, estilo moderno) quedó firmado el documento con el cual la Rusia ingresó en la alianza defensiva austro-francesa del 1.º de mayo de 1756, y tres semanas despues, en 2 de febrero estilo moderno, fué firmada la alianza ofensiva entre Rusia y Austria, y renovado también conforme exigían las nuevas circunstancias el convenio del 2 de junio de 1746.

En este tratado de alianza importan á nuestro objeto solo tres de los artículos secretos, en uno de los cuales se prometen las dos potencias firmantes invitar á la Suecia y á la Dinamarca á tomar parte en la obra de reduccion del poder del rey de Prusia, á cambio de beneficios positivos para los dos países segun la medida de su cooperacion. Otro artículo secreto decía literalmente: «Aunque S. M. el rey de Polonia, elector de Sajonia, á consecuencia de la felonía con que el rey de Prusia se ha apoderado de su electorado, se halla imposibilitado de cumplir sus compromisos y tomar parte

en la ejecucion del proyecto de reduccion del rey de Prusia, harán las dos cortes imperiales todo cuanto puedan, no solo para reintegrar á este príncipe en sus Estados hereditarios, sino también para proporcionarle á costa del rey de Prusia hasta una indemnizacion y satisfaccion proporcionadas por los daños y perjuicios que ha sufrido; en la firme confianza de que S. M. polaca hará cuanto esté en su mano para coadyuvar á los esfuerzos de ambas cortes imperiales.» Este artículo se completó con una declaracion hecha el 22 de marzo de 1757 por la emperatriz María Teresa, de acuerdo con la emperatriz Isabel, en la cual prometió al rey de Polonia por vía de indemnizacion la ciudad de Magdeburgo con sus territorios y el distrito del Saale, y todavía mas si las circunstancias lo permitieren. Una declaracion idéntica firmó la emperatriz Isabel en San Petersburgo el 6 de mayo de 1757.

La afirmacion que en estos documentos se estampa oficialmente de que el rey de Polonia no había podido cumplir los «compromisos» que tenía en la empresa de cercenar los territorios del rey de Prusia, únicamente por habérselo impedido este último, destruye por su base todos los argumentos alegados desde entonces hasta hoy para negar que Augusto III había contraído obligaciones de ninguna clase en la conspiracion contra la Prusia. No constaban estas obligaciones en forma de tratado; pero constaban material y auténticamente, y por tanto es empeñarse en una pura disputa de palabras querer negarlo ó encubrirlo.

Un artículo secreto especial fijaba la manera de hacer el pago de la suma que Austria había prometido á la Rusia en el tratado de 1746. Austria, en lugar de aquellos dos millones pagaderos un año despues de la recuperacion de la Silesia y del condado de Glatz, daría en adelante, mientras durase la guerra, un subsidio de un millon de rublos por año, en cambio de lo cual renunciaba la Rusia á toda otra reclamacion pecuniaria. Así como antes la pretension comun del Austria y de la Francia había obligado á la mayoría de la dieta de Francfort á votar el 17 de enero de 1757 el armamento del ejército federal contra la Prusia, del mismo modo la alianza de la Francia y la Rusia determinó la actitud de un país septentrional, que hasta entonces había vacilado entre la Prusia y la Rusia, y que á la sazón cedió á la presion irresistible de aquella influencia. Hablamos de la Suecia que ingresó en la alianza contra la Prusia en 21 de marzo de 1757.

Su rey Adolfo Federico, que había subido al trono en 5 de abril de 1751, no quería oír hablar de guerra, y por supuesto mucho menos su esposa Luisa Ulrica que era hermana de Federico el Grande; pero segun la constitucion nueva impuesta al país por la nobleza, despues de la muerte de Carlos XII, y tan dignamente estrenada por el infame asesinato jurídico cometido en 13 de marzo de 1719 en la persona del conde de Görtz, todo el poder y gobierno de la nacion estaba en manos de la nobleza ó del consejo supremo que la representaba, no dejando ninguna influencia al rey electivo de Suecia, ya fuese varon ó hembra. Un acto sangriento realizado en el verano de 1756 fué causa de que siguiera la Suecia rigiéndose por estos principios. Para concluir en el interior con la espantosa anarquía, y en el exterior con la influencia del dinero francés y ruso y con la política de Estado mercenario ora al servicio de la Francia, ora al de la Rusia, se habían conjurado dos patriotas suecos, el conde Erico Brahe y el baron de Horn, proponiéndose aumentar el poder del rey y disminuir en proporcion el de la nobleza. El senado, que era la comision permanente de esta última, y en cuyas manos estaba todo el poder, descubrió la conspiracion y mandó prender á los dos investigadores, que